

tinuas guerras de este soberano con el rey de Francia Francisco I, conmovieron y trastornaron la Europa; y los estados españoles de Italia, no sólo padecieron invasiones y arremetidas inesperadas, sino que particularmente Nápoles y Sicilia empezaron a verse muy trabajadas con levas de gente y con onerosas contribuciones y penosos recargos para sostener aquellas guerras.

En el año 1524 siendo Virey el flamenco don Carlos de Lanóis, tuvo el reino de Nápoles una parte muy activa y principal en la guerra de Lombardia, pues concurrió con valerosas tropas á la célebre batalla de Pavia, cuya victoria se debió al insigne marqués de Pescara, napolitano, aunque de antigua familia española, refugiada en Italia cuando los disturbios del tiempo de Enrique IV. El Rey de Francia, recobrada su libertad, se negó á cumplir lo pactado en Madrid estando prisionero, y en liga con el Papa renovó la guerra. Fabricio y Próspero Colonna embistieron á Roma con un ejército español, cuya mayor fuerza era de tropas napolitanas. Indignado el Pontífice dió la investidura del reino de Nápoles á Mr. de Valdemor de la familia de Anjou, el cual, creyendo que iba de veras, tomó el título de Rey, y con un poderoso ejército que le dió el de Francia, atacó el vireinato de Lanóis, y llegó hasta las puertas de la capital; pero el valeroso flamenco con diez y seis mil españoles se arrojó sobre el advenedizo, y lo escarmiento de manera que huyó vencido y deshecho fuera del reino, que imaginó suyo.

Con esta rota, entabló reservadamente el Virey hablas con el Papa, por orden secreta del Emperador, y tomaron mejor aspecto los negocios. Pero el ejército imperial de Lombardia, que mandaba el duque de Borbon, acosado por la falta de pagas y escasez de mantenimientos, resolvió tumultuariamente sin que autoridad ninguna pudiera contenerlo, remediar su necesidad atacando á Roma, suponiendo que continuaba la guerra. En vano el virey Lanóis trató de detener aquella inundación, pues atacó la capital del mundo cristiano, aunque opuso vigorosísima defensa, fué tomada por asalto, en el que murió el duque de Borbon, y bárbaramente saqueada y profanada por aquella desenfrenada soldadesca.

Indignado y con razon el Rey de Francia de atentado tan horrible, quiso vengarlo, y dispuso una expedición dirigida expresamente contra Nápoles, mandada por Mr. de Lautrec, á la que no pudo oponerse el virey Lanóis, porque murió el año 1527 de disgusto por los sucesos de Roma.

Gobernaba la Sicilia D. Hugo de Moncada, y pasó á Nápoles á reemplazar al difunto, encontrando el reino todo inundado de franceses; y escasez de fuerzas y mal seguro de la fidelidad de los napolitanos, no se atrevió á combatirlos en tierra y lo verificó en el mar, aunque con poco éxito, muriendo de un tiro de cañon en el golfo de Salerno.

Sucedióle el príncipe de Orange, cuando los franceses y venecianos tenían casi ocupado el país y estrechamente sitiada la capital; pero socorrida oportunamente por la audacia de un bandido, y acometidos de la peste los sitiadores, fueron rechazados, y con nuevos esfuerzos exterminada completamente la expedición francesa, y muerto Lautrec, su capitán. No fué sobrio el de Orange en castigar á los que favorecieron los intentos de los enemigos, decapitando á varias personas de cuenta, ni descuidado en arrojar de las costas á los venecianos, dedicándose en seguida á atajar los estragos de la peste, que ya por todo el reino se extendía, siendo aquella una de las épocas más calamitosas que atravesó aquel desventurado país.

En el año de 1532, cuando apenas empezaban á tener remedio tantos desastres, tuvo el reino la ventura de que viniese á gobernarlo el célebre don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, gran político, hábil y recto gobernador, y valerosísimo capitán: halló el país pobre, dividido, asolado por la peste y la guerra, é infestado de bandidos; y con sus sabias disposiciones mudó de aspecto en pocos años. Fué amigo y protector de los pueblos, y enemigo mortal de cuantos los esquilaban y oprimían. Dió vigor á las leyes, fuerza á los magistrados, poder al gobierno. Restableció la salubridad del país desecando lagunas y pantanos, y dando desague á los torrentes y avenidas; dió seguridad á los campos, limpiándoles de bandidos; cuidó de la abundancia de mantenimientos; estableció el mayor orden en la administración; y fué inflexible con los dilapidadores de los caudales públicos. Se dedicó al mismo tiempo á abrir comunicaciones, á hermosear la ciudad con anchas calles y magníficos edificios, dando así trabajo y sustento á innumerables familias, y no descuidó la seguridad del reino, reparando las fortalezas, y levantando castillos y atalayas en las costas, para ponerlas á cubierto de las invasiones de los berberiscos; encontrando recursos para todo en un país tan apurado, á fuerza de inteligencia y de actividad. Hizole una visita el Emperador al volver de la expedición de Túnez y después de haber pasado algunos días en Sicilia.

No faltaron descontentos y envidiosos que tentaron de indisponer al gran Virey en el ánimo del Monarca; pero éste dió más crédito á la opinión general del país y al conocimiento que tenía de las altas prendas que lo adornaban.

En tantos años como gobernó el reino de Nápoles D. Pedro de Toledo, no recogió más que aplausos y bendiciones de los agradecidos pueblos. Sólo una pasajera borrasca anubló momentáneamente los días de bonanza y de paz, de que le era deudor aquel país a tan excelente Virey. Instigado por el César, que temió no sin causa, que podía propagarse en aquel estado la doctrina de Lutero, trató de establecer el tribunal de la Inquisición en 1547; y ni su popularidad, ni su energía lo consiguieron. Levantóse en masa todo el reino de Nápoles, y después de un doloroso conflicto, en que corrió mucha sangre, tuvo el Virey que desistir de su forzado empeño, renunciando completamente al establecimiento del odiosísimo tribunal.

Seis meses duró aquella tormenta, que dejó en pos de sí consecuencias dolorosas, por más que se restableciese la calma; y el Virey no tuvo tampoco tiempo para remediarlas, porque de orden del Emperador marchó con tropas sobre Viena, y en el camino, al llegar á Florencia, murió en brazos de su hija, mujer de Cosme de Médici.

La isla de Sicilia no pasó los reinados de Fernando el Católico y de Carlos V más tranquila que el reino de Nápoles. Sus costas fueron constantemente acometidas por los turcos y los berberiscos; lo interior del país infestado de bandidos, y trabajado de discordias, varias veces asolado por la peste, y las principales ciudades en perpetua rivalidad. El virey Lanuza llevó su severidad hasta el extremo y fué odiado por sus crueldades, sin conseguir establecer sólidamente el gobierno. D. Hugo de Moncada, el que como dejamos dicho pasó de Virey á Nápoles y murió en el mar combatiendo contra franceses, dejó en Sicilia fama de carácter débil y de livianas costumbres; y se descubrieron en la isla no sólo conatos sino planes muy adelantados de entregarse al rey de Francia Francisco I.

Antes de ir á Nápoles el Emperador, como hemos referido, visitó la isla, y también concedió grandes privilegios á sus habitantes y á las ciudades más populosas; sobre todo á la de Palermo, que á despecho de Mesina, era la capital. Convocó en ella los estados generales, establecidos por Rogerio, y aun después durante algún tiempo volvieron á ser reunidos, pero sirviendo más que de provecho de daño á los intereses del país, porque los diversos tiempos y las costumbres diversas los habian desvirtuado y corrompido, como acontece con las instituciones antiguas más saludables.

Renunciando á las grandezas mundanas Carlos V, se retiró á un monasterio, dejando el imperio á su hermano don Fernando, y la corona de España á su hijo Felipe II, con todos los estados de Flandes, Italia y el Nuevo Mundo.

Fué jurado el nuevo Rey en Nápoles y Sicilia con grandes festejos, interrumpidos por la inesperada acometida del corsario Dragut, que con sesenta galeras embistió y saqueó las costas de la isla y las de Calabria; y también por nueva guerra con Francia, á cuyo Rey dió la investidura de aquellos países, quitándosele al heredero del César, el papa Paulo IV, enemigo acérrimo de la casa de Austria. Vino entonces á Nápoles de Virey el famoso duque de Alba, que reuniendo un poderoso ejército, y sacando grandes recursos de su vireinato y del de Sicilia, puso en aprieto á Roma, derrotó al duque de Guisa en Abruzzo, y continuó felizmente la guerra, hasta que por mediación de la república de Venecia, procuró una paz ventajosa.

No podía ser grande el desarrollo de la prosperidad pública en los reinos de Nápoles y de Sicilia, como sucedió en la misma España su metrópoli, con estas interminables luchas de intereses ajenos. El descontento era general en aquellos países italianos, y no pequeña la prostración con tan extraordinarios esfuerzos. En este estado no era difícil dar oídos á novedades, que tenían apariencia de remedio; y las doctrinas protestantes empezaron á encontrar acogida, obligando al Virey, duque de Alcalá, á tomar medidas rigurosas para atajar su propagación. La naturaleza misma parece que se conjuró contra tan desventurado país, pues violentos y continuos terremotos destruyeron y soterraron poblaciones enteras, y enfermedades epidémicas y tenaces diezmaron el reino y casi despoblaron la capital.

También los turcos después de poner en grande apuro á la isla de Malta, acometieron á Sicilia y las costas de Nápoles en ambos mares, y hasta amagaron á la ciudad; y finalmente en medio de tantos desastres y miserias, aun sacó de aquellos países desventurados el gobierno español seis millones de contribución (*donativo*) para los apuros de la corona.

Mucho contribuyeron también los reinos de Nápoles y de Sicilia á la gloriosa expedición de Lepanto, y ayudaron grandemente á la victoria de D. Juan de Austria con sus galeras, con sus socorros en dinero y vituallas, y con sus valerosos soldados. Precisamente en una galera napolitana

se halló y fué herido en la pelea el inmortal Cervantes.

Escasez de viveres, precios exorbitantes de las mercaderías, y alteraciones hechas, con poco acuerdo, en el peso y valor de la moneda, ocasionaron motines, asesinatos y desórdenes lamentables en Nápoles; y estas mismas causas acrecentadas con la rivalidad constante entre Mesina y Palermo y por el carácter indomable y feroz de los sicilianos, trajeron á la isla días de luto y de amargura. Pero en medio de tantas desdichas no dejaron los Vireyes de ambos Estados de regularizar más y más la administración de justicia, siendo sus pragmáticas en este punto tan sabias y acertadas, como descabelladas eran, generalmente hablando, las que publicaron sobre puntos de administración. Ni descuidaron el ornato público, el fomento de la industria, sobre todo la de la seda, y la protección á las letras, como lo demuestran los edificios, fuentes, caminos y fortalezas, la fama que aun conservan las sederías de Catanea y de Nápoles, y los muchos escritores y artistas que allí en aquellos días florecieron.

V

A la muerte del rey Felipe II, sucedióle su hijo Felipe III, y fué como su padre jurado en ambos Estados; y á poco siendo virey el conde de Lemus, tuvo que deshacer con mano fuerte y con gran dificultad las tramas del famoso Campanella, que habia llamado para sostener sus nuevas doctrinas á los turcos, ofreciéndoles entregarles las fortalezas de la costa del Adriático. También luchó con un extraño personaje que apareció en Nápoles fingiéndose el rey D. Sebastian, que luego paró en galeras y murió en la horca.

Crecían los bandidos en Calabria, poniendo á contribución no sólo los miserios pueblos de aquellas serranías, sino hasta las populosas ciudades de la llanura; y al mismo tiempo los corsarios berberiscos infestaban las costas de la Puglia, por lo que tuvo el virey conde de Benavente que acudir con tropas á contener á aquellos, y para escarmantar á éstos, que enviar al marqués de Santa Cruz con cuatro galeras á destruir en la costa de Albania á Durazzo, que era su madriguera.

Gobernaba en tanto la Sicilia el virey duque de Osuna, conocido por sus hazañas en Flandes; y dejando un nombre esclarecido y una gran popularidad en aquella isla, pasó en 1616 á ejercer el vireinato de Nápoles. Lo sonoro de su nombre y la fama de su bizarría y de lo bien que se habia portado en Palermo, le preparó los ánimos de los napolitanos, que lo recibieron con el mayor entusiasmo. Trajo por secretario á D. Francisco de Quevedo y Villegas, aquel colosal ingenio, cuyas obras inmortales son una de las mayores glorias literarias y filosóficas de España; pero pronto tuvo que enviarlo á la corte para combatir con los enemigos y rivales que allí de desacreditarlo trataban. El carácter aventurero del duque, el modo extravagante con que hacia pronta justicia, su generosidad, su magnificencia y hasta sus devaneos le dieron extraordinaria popularidad. Y esto, y el haber engalanado con su pabellon particular algunas galeras, que armó á su costa para hostilizar á los venecianos, y el creersele de acuerdo en la famosa conspiración de Bedmar contra aquella república, y el haber retardado entregar el vireinato al cardenal Borja su sucesor, promoviendo para ello asonadas en Nápoles; lo hicieron tan sospechoso á la corte de Madrid y al consejo de Italia, que si bien mientras vivió Felipe III no fué incomodado, á la muerte de aquel rey fué encerrado en un castillo en donde murió, ó víctima de atrevidos pensamientos de una ambición desenfrenada, ó de la envidia y encono de mezquinos rivales.

VI

Ocupando Felipe IV el trono español se apresuró visiblemente la ruina de aquella inmensa y poderosa monarquía, y todas sus partes se estremecieron en las convulsiones que preceden á la muerte. Embravecióse la guerra en Lombardia y dispuso el conde duque de Olivares, árbitro de la voluntad de su rey, que los Estados de Italia la sostuvieran, que Nápoles y Sicilia aprontasen un ejército de veinticuatro mil hombres y cinco mil caballos. Este esfuerzo era superior á lo posible. Y en ambos reinos crecieron las contribuciones y los apuros, hasta tener los Vireyes que vender á particulares las ciudades y villas de realengo. No bastaron estos dolorosos sacrificios; y poco después fué preciso aumentar los derechos de consumos y de aduanas, de lo que no tardaron en resentirse la agricultura, la industria y el comercio, llegando ambos vireinatos á la más espantosa miseria; lo que no impidió que al estallar la guerra de Cataluña, acalorada por los franceses, y luego la de Portugal, se aumentasen las exigencias y las exacciones. Para colmo de desdichas se vió Nápoles aflijido por una espantosa erupción del volcan, que arrasó los campos, oscureció muchos días el cielo, y arrojó sus cenizas hasta las costas de Albania; y luego con tenaces

lluvias que destruyeron las cosechas é inundaron las vegas más fércas. Y en medio de tantas desdichas, aun el conde de Monterey enviaba millones y soldados para acudir á los empeños y desdichadas empresas de la metrópoli.

No presentaba Sicilia más favorable aspecto; siempre víctimas sus costas de la audacia berberisca, siempre campo su territorio de rivalidades, enconos y venganzas; con las últimas levas y contribuciones cayó en la miseria más espantosa. Y en 1647 estalló en Palermo una grave rebelión que duró viva muchos meses, y que puso en grande apuro al Virey marqués de los Velez, teniendo al fin que avenirse con la voluntad de los amotinados.

Este pernicioso ejemplo contagiado al reino de Nápoles, del que era Virey el duque de Arcos; y en el verano del mismo año 1647 apareció la famosa sublevación capitaneada por Masaniello, que costó tanta sangre, tanta riqueza, y que puso el reino, aunque pasajeramente, en poder de la Francia. Para corresponder el duque á las exigencias de Madrid, y atender á la defensa del reino amagado por los franceses, tuvo que reunir caudales y que exigir un grueso anticipo; y para reintegrarlo se le ocurrió, en mal hora, imponer una gabela sobre el consumo de la fruta, arbitrio ya puesto en práctica otras veces con infelicísimo resultado, y que desde luego hizo tan mal efecto que empezaron á notarse síntomas nada equívocos de un descontento general. Aconsejaron personas prudentes y entendidas al Virey, que lo sustituyese con otro recurso ménos oneroso; pero dilató el verificarlo, y dió lugar á que estallase una espantosa sublevación por las calles, llamado Masaniello, y el Virey se vió obligado á refugiarse en Castelnuovo. Gran matanza hubo de las tropas españolas y tudescas, y aun de las napolitanas que guarnecían la ciudad. Fueron incendiados muchos palacios y edificios públicos, y creció imponderable el general desorden, que se propagó á las provincias. Al cabo de once días Masaniello, que ejerció en ellos el poder más absoluto que ha tenido jamás ningun monarca, y que obtuvo la obediencia más pronta y sumisa que se ha visto jamás entre los más abyectos esclavos, empezó á pelear el juicio, desvanecido sin duda con tan inaudito poderío; y fué asesinado en los claustros de un convento, y arrastrado su cadáver por el mismo populacho, que horas antes lo idolatraba. No supo aprovechar el Virey el momento de recobrar el poder; y el mismo pueblo, que habia escarnecido los restos de su supremo jefe, volvió á entusiasmarse por él, recogió el cadáver, lo restauró y adornó con magníficas galas, y le tributó exequias de monarca, y grito de bienaventurado. Siguió la sublevación acéfalá, pero feroz, y eligió luego por caudillo al príncipe de Massa, don Francisco Toraldo. Este ilustre caballero tomó el mando para ver si podía conciliar los ánimos, y volver la paz al reino. Pronto desconfió de él el pueblo, cuya fuerza armada pasaba ya de cien mil hombres, y fué miserablemente asesinado. Sucedióle un plebeyo llamado Anese, maestro arcabucero, continuando los desórdenes en todo el reino, y la más abierta guerra entre el pueblo y la nobleza. Llegó al oírlo el duque de Arcos, siempre encerrado en Castelnuovo, una armada española mandada por el príncipe don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV; con esta ayuda el Virey cañoneó la ciudad en vano, pues el motin tomó carácter de rebelión, y nació el pensamiento de independencia. Se hallaba casualmente en Roma el duque de Guisa, Enrique de Lorena, y concibió la idea de aprovechar las circunstancias para alzarse con el reino, como descendiente de la casa de Anjou, no aun del todo olvidada en aquella tierra. Consiguió ser llamado por los rebeldes que trataron de constituirse en república, para ponerlo á su cabeza. Logró entrar en Nápoles, pero fueron tales sus ligerezas y desaciertos, tan grande el disgusto que se apoderó del reino, y tan marcado el retraimiento del gobierno francés, con quien neciamente contaba, que no pudo realizar su atrevidísimo pensamiento.

Reemplazó al duque de Arcos el conde de Oñate, y de acuerdo con el príncipe don Juan, hizo una salida de Castelnuovo con las tropas españolas, en tan oportuna ocasión, que en veinticuatro horas restableció el poder real en la ciudad, y en pocos días en el reino todo; no tardando mucho en restablecer la tranquilidad más completa en el país, y en borrar los rastros de tan seria revolución, que duró once meses largos, y que causó pérdidas de mucha monta al gobierno y á los particulares. Algunos años después se descubrió otra conjura, que costó la cabeza al turbulento Anese; y dejóse ver de nuevo, sin efecto alguno, el aventurero duque de Guisa en las playas de Nápoles.

Murió el año 1665 el rey Felipe IV, y heredó sus estados Carlos II, destinado por la Providencia para que en sus débiles manos se deshiciera la inmensa monarquía española. Estremecióse el imperio de ambos mundos con las agonías de sentir la no podía ninguna de sus partes dejar de sentir la comun dolencia; y sin embargo, no fué la época más calamitosa para Nápoles, ni lo hubiera sido para Sicilia, si no hubieran turbado su reposo in-

terió los habitantes de Mesina, en guerra perpetua con los de Palermo, por envidia y celos de preponderancia y sobre á cuál le correspondía ser capital. Grandes disgustos fatigaron á los vireyes de Sicilia, conde de Ayalá, duque de Sermonetto, duque de Alburquerque, príncipe de Ligne y marqués de Bayona; pues divididos en bandos los mesineses, y triunfando el más bullicioso, enemigo encarnizado de la dominación española, la ciudad entera se declaró rebelde, y se echó en brazos del rey de Francia Luis XIV, que envió incontinenti en su ayuda una poderosa escuadra. Afortunadamente no se propagó el incendio, y los Vireyes de Sicilia y de Nápoles acudieron con todas sus fuerzas y recursos á sitiar la ciudad, mientras una armada española acudió á pelear con la francesa fondeada en el puerto.

Fué tenaz y vigorosa la defensa de los mesineses, como sin resultado los combates de ambas armadas; y después de muchos meses de ataques continuos más ó ménos felices, y de venir en socorro del gobierno español una escuadra holandesa que venció, aunque á costa de la vida de su almirante, á la del Rey de Francia, retiróse esta rota y escarmentada, llevándose gran número de sicilianos comprometidos, y rindióse Mesina á discreción el año 1678.

En el de 1681, reemplazó en el vireinato de Nápoles al marqués de los Velez, el del Carpio, y ocupó el de Sicilia el conde de Santisteban; ambos se dedicaron con fruto á borrar las huellas de los pasados conflictos, y trataron, no sin el éxito posible, de restablecer la industria, sobre todo la de la seda, tan próspera antes en aquellos países, y la navegación y el comercio, florecientes en otras épocas.

Siendo en Nápoles Virey el duque de Medinaceli, el más espléndido de cuantos tuvo aquel Estado, y gran protector de artes y ciencias, ocurrió el año 1700 la muerte de Carlos II, último rey de la dinastía austriaca en España: acontecimiento que trastornó completamente la Europa.

El infeliz Monarca, tímido, enfermo, supersticioso, viéndose sin sucesión y cercana la muerte, vacilaba, empujado por encontradas influencias, en nombrar heredero de una corona riquísima, aunque deslustrada, y de un trono, decadente sí, pero que extendía su dominación en ambos mundos. El Emperador, el duque de Saboya, el Elector de Baviera y el Rey de Francia, codiciaban la herencia, á la que se creían con derecho, y trabajaban por obtenerla.

La primera mujer de Carlos fué francesa, la segunda bávara, y prevaleciendo su influencia, apareció con sorpresa general una declaración del Rey nombrando su heredero universal á Fernando de Baviera. Ni á la corte de España, cuya opinión estaba dividida, ni á los otros pretendientes agrado esta elección, y todos se preparaban á combatirla; cuando la muerte del elegido calmó la borrasca, y volvieron los otros tres pretendientes á sus esperanzas y á sus negociaciones. Pero entre los que verdaderamente se debatía el negocio era entre el Emperador, protegido por la Reina, y el Rey de Francia, que tenía en su favor la opinión general.

En tanto el desdichado Carlos II se sentía morir, y urgido la decisión de punto tan importante, consultó al Padre Santo, que lo era Inocencio XII. Este opinó por el mejor derecho á la herencia de los hijos del Delfín de Francia, como nietos de la hermana del moribundo Rey. Nótese, porque es importantísimo en las circunstancias en que escribimos, que la casa de Borbon heredó el trono de la monarquía española por derecho transmitido por hembra, según las leyes fundamentales de España nunca quebrantadas en este punto tan esencial. Prevaleció pues la respetable opinión del Pontífice, y un mes antes de pasar á mejor vida firmó Carlos II su testamento, nombrando su heredero á don Felipe de Borbon duque de Anjou, hijo del Delfín y nieto del Rey de Francia Luis XIV.

No tardó el nuevo rey Felipe V en trasladarse á Madrid para tomar posesion de su herencia, á los diez y ocho años de edad. Su juventud, su gallarda presencia, y sus modales corteses y delicados le granjearon desde luego el entusiasmo general. Pero sus rivales dándose por ofendidos, y creyéndose con mejor derecho á la corona de España, se propusieron apelar á las armas. Leopoldo de Austria, Fernando de Baviera y Victor Amadeo de Saboya, se coligaron para declarar la guerra á la casa de Borbon, y se les unieron muy luego por temor fundado de la reunión de España y Francia, Inglaterra, Holanda, el Elector de Brandemburgo y Portugal, dando principio á la famosa guerra de sucesión.

Empezó en Lombardia, mandando las fuerzas alemanas el príncipe Eugenio de Saboya, aunque muy joven, acreditado de valiente y de experto por victorias importantes ganadas en Turquía. Y los ingleses y holandeses se encargaron de guerrear en los mares y en el Nuevo Mundo.

VII.

En Nápoles y en Sicilia fué jurado el nuevo Rey, pero no agrado el cambio de dinastía, porque nunca en aquellos países fueron simpáticos los franceses; y la corte de Viena cuidó de acalorar este dis-

gusto. Servian en el ejército imperial algunos nobles napolitanos, y entre ellos un Caraffa y un Sangro, sujetos de altísima familia; y de ellos echó mano el Emperador para tentar un levantamiento general en favor de la casa de Austria.

Pusiéronse en Roma de acuerdo con el cardenal Grimani, y pasando á Nápoles no fueron desgraciados en sus primeras negociaciones; pues llegaron las cosas al punto de que los conjurados enviasen á Viena á don José Capece, para tratar con el archiduque Carlos, y exigirle, para cuando lograra la corona, que habia de establecer su corte en Nápoles, que sólo á napolitanos se habian de conceder los cargos de aquel reino, que habia de establecer un senado aristocrático, que interviniese en la gobernanación del Estado, y además ciertas recompensas para los directores de la conjuración.

Habiendo esta tomado ya tales proporciones, imposible era que permaneciese oculta largo tiempo; y descubierta por el duque de Uceda, embajador de España en Roma, dió oportuno aviso al de Medinaceli. Estaba dispuesto, y señalado día para verificarlo, asesinar al Virey, proclamar al Archiduque, sorprender los cuarteles y apoderarse de los castillos; pero nada pudo realizarse por las disposiciones acertadas que se tomaron oportunamente para impedirlo. Desconcertados los conjurados reuniéronse secretamente, y como los principales de ellos opinasen por esperar otra ocasión favorable; Jaime Gambacorta, príncipe de Macchia, jóven ilustre, pero pobrísimo, y deseoso de remediarse á favor de revueltas y de desconciertos, secundado por otros de su laya, propuso continuar la empresa sin reparar en inconvenientes; y así se resolvió, poniéndose á la cabeza de todo el osado maneojo, por lo que tomó su nombre la conjuración. Dióse el grito, abriéronse las cárceles, incendiáronse edificios, saqueáronse almacenes y tiendas, corrió sangre y trastornóse completamente el país. Grandes esfuerzos hizo el duque de Medinaceli para atajar el incendio, y se mostró valeroso capitán y prudente gobernador, pero disponia de muy cortas fuerzas y tuvo que repararse al abrigo de Castelnuovo. En aquella revuelta estaban comprometidos nobles y plebeyos, pero empezaron á desconfiar estos de aquellos, recordando anteriores compromisos; y empezó á decaer la autoridad del jóven príncipe de Macchia, á no ser obedecidas sus órdenes, y á nacer entre los sublevados el desorden y la confusion, aprovechando lo cual el sagaz Virey, publicó un perdon general, que deshizo la conjura, accógiéndose á él muchos de los comprometidos, y poniéndose en salvo los restantes.

Assegurada así la tranquilidad del país, y afirmado el poder de Felipe V, regresó á España el duque de Medinaceli, viniendo á relevarlo el duque de Escalona que era Virey de Sicilia, y que venia destinado á devorar la amargura de tener que entregar el precioso dominio español á poder extranjero y enemigo. Fué demasiado severo en el castigo de los pasados desórdenes, pero recto en la administración de justicia, y cuidadoso de no aumentar las cargas públicas, y de mantener la abundancia y la seguridad en todo el reino. Creyó sabiamente Felipe V, que para asegurar aquel estado, de fidelidad tan dudosa, seria conveniente su presencia; y embarcándose en Barcelona llegó felizmente á Nápoles con próspera navegación. Fué recibido con general entusiasmo, justificándole el generoso olvido que manifestó de las recientes ofensas, siendo gracioso para todos, disminuyendo las contribuciones, y perdonando generosamente los cuantiosos atrasos de ellas. Dos meses permaneció en aquel reino, y marchó apresurado á Lombardia, á contener los progresos del ejército austriaco, mandado por el príncipe Eugenio. Y después de mostrarse allí valeroso y entendido guerrero, regresó á España, á medirse con el archiduque Carlos, que obtenia grandes ventajas en la corona de Aragon, ayudado poderosamente por Inglaterra. En grande aprieto se vió la causa de don Felipe, quien tuvo al fin que abandonar á Madrid; y entonces le fué arrebatada la corona de Nápoles. El ejército francés tenia tanto que hacer en el norte de Italia, para poder dar socorro á aquel reino, contra el cual envió el príncipe Eugenio al general Daun con buen golpe de tropas austriacas. Y entendiéndose con los descontentos y revoltosos, y ganando con oro muchas voluntades, llegó fácilmente á sitiar la importante plaza de Gaeta. Estaba en ella el desventurado Virey, y la defendió bizarra y tenazmente, pero teniendo por enemigo el país todo, y sin esperar socorro alguno, tuvo que rendirse casi á discreción; con lo que el reino todo se sometió al poder austriaco; y al gobierno del general vencedor: así perdió Felipe V el dominio de Nápoles, conservando el de Sicilia hasta la paz de Utrecht.

No queremos pasar de aquí sin hacernos cargo de las acusaciones más ó ménos graves y violentas, que los autores italianos, y sobre todo los modernos, lanzan contra la dominación española en Nápoles y Sicilia. Si se cifieran á lamentar la pérdida de su independencia por más de dos siglos, tuvieran tanta razon como les falta para demostrar esa sãña contra los españoles, atribuyéndoles ciegamente todas las desventuras de aquellos países. Mucho

padecieron en verdad; pero no más ciertamente que lo que las provincias mismas de la península padecieron, víctimas todos del descabellado sistema político y administrativo de los reyes austríacos. Pero al mismo tiempo debían reconocer tales destructores, que la dominación española no dejó de producir grandes bienes a aquellos países italianos. A ella debieron en gran parte los adelantos de su civilización, de su industria, de su comercio y de su importancia. Bajo ella florecieron las letras y las artes. Las comunicaciones interiores, con magníficos puentes y calzadas, los hospicios y hospitales, las calles y palacios de Nápoles y de Palermo obras son de vireyes españoles. La industria y el cultivo de la seda llegaron bajo su protección a la perfección suma, y a ser fuente de considerable riqueza. La desecación de pantanos y de lagunas, que hacían mortíferos ambos países, y la conducción de aguas a las ciudades y poblaciones, a los españoles lo deben, como la defensa de sus costas y fronteras, con fortalezas, torres y atalayas.

No escaseó el gobierno español el reparto de sus dignidades, mandos y puestos de confianza entre los súbditos napolitanos, igualados completamente con los españoles. Grandezas de España, toisones, generalatos, embajadas, magistraturas se les concedían con mano franca; y ejercían el poder en la misma metrópoli, y hasta en los estados de América.

Es verdad que la administración fué siempre deplorabile; pero era más acertada y equitativa en España... Más diremos, lo era en alguna parte de Europa? Y en contropeso de esta desgracia, común en aquella época, citaremos los grandes beneficios que hicieron a la administración de justicia las pragmáticas de los vireyes, arreglando los tribunales, y los procedimientos civiles y criminales, con muy sábias disposiciones; y que acabaron con los restos del feudalismo, y que contuvieron con mano firme los abusos del poder eclesiástico.

Y en aquellos siglos, ¡no fué una ventaja real para Nápoles y Sicilia el formar parte de una gran y poderosísima monarquía, dominadora de Europa! Si no hubieran sido dominios españoles, lo hubieran sido franceses para correr peor suerte y más insegura, y para contribuir a las mismas guerras y descabellados gastos; ó se hubieran visto presa infeliz de los Papas, débiles y sin vigor para defender su costa y territorio de los turcos y de los berberiscos. Y si hubiesen sido en aquellos siglos estados independientes, no hubieran podido dejar de ser campo constante de batalla de ajenos intereses, de ambiciones privadas y de continuas guerras civiles. Esta hubiera sido la suerte de Nápoles y de Sicilia, sin el poderosísimo amparo de la dominación española. Y prueba de que no era tan grande el odio a los españoles, por más que digan los autores antiguos y modernos, es que admitieron gustosísimos los sicilianos y napolitanos por rey, como vamos a referir, a un príncipe español, con séquito español y con tropas españolas, desdeshando a príncipes de otras naciones, que también les ofrecían y aseguraban su nacionalidad y su independencia. Y hasta nuestros días, cuando quisieron aquellos países una constitución, abrazaron sin titubear la española; y gritaban en los momentos de fervor y de patriótico entusiasmo: *la constitución de España, ó la muerte*. Y últimamente el ejército español, que desembarcó en Gaeta, para socorrer al Papa, fué recibido por los napolitanos con los brazos abiertos, y asistido y obsequiado con la más sincera cordialidad.

VIII

No faltó que hacer al general Daun en el gobierno de Nápoles, pero tuvo que abandonarlo al cardenal Grimani, para acudir primero a Lombardia, y luego a Roma a poner coto a las pretensiones del Papa sobre Parma. Al cardenal le sucedió el conde Carlos Borromeo, y dos años después en el de 1713 la paz de Utrecht terminó la guerra de sucesión, afirmando la corona de España y de las Indias en las sienes de Felipe V, pero privándole de los estados de Italia. No se convino con aquel arreglo el archiduque Carlos, que había subido al trono imperial con el nombre de Carlos VI, y continuó un año más la guerra, hasta que en un nuevo convenio celebrado en Rastadt, se le adjudicó la corona de Nápoles con la isla de Cerdeña, el Milanesado y los presidios de Toscana. Y a Víctor Amadeo de Saboya la isla de Sicilia, con título de Rey, con que no tardó en coronarse en Palermo, entregándole, con harta dolor, aquel estado el último virey español marqués de los Balbases. Mucho debía prometerse aquella isla de un soberano tan aventajado, y que gobernando acertadísimo el Piemonte había dado claras muestras de capacidad política, militar y administrativa; pero regresó a Turin dejando de Virey al conde Maffei. Este a los tres años de gobierno se vió sorprendido por una poderosa escuadra española, que al mando del almirante Leede, flamenco de nación, se apoderó casi sin resistencia, por lo imprevisto y osado de la acometida, de Palermo, Catánea, Trápani, Messina y Siracusa. Esta infracción de los tratados indignó a todas las potencias, que habían guerreado tanto

años; y volando como pudieron al socorro de Sicilia, lograron casi destruir la escuadra española, recuperar las ciudades perdidas, y restablecer el dominio del Piemonte en toda la isla. Mas el Emperador, que no estaba muy satisfecho del último arreglo, con el pretexto de poner coto a la ambición española, formó la liga llamada cuádruple alianza con Jorge I de Inglaterra, Luis XV de Francia, y los estados de Holanda, para imponer al rey de España un nuevo arreglo hecho en Londres, que fué sin dificultad aceptado por Felipe V; en el cual pasaba la Sicilia reunida con Nápoles, bajo la soberanía del emperador Carlos VI; a Víctor Amadeo se le daba el reino de Cerdeña; y al infante Carlos de Borbon, hijosegundo del Rey de España, habido en su segunda mujer Isabel Farnesio, se declaraba heredero de los estados de Parma y de Plasencia, a la muerte cercana de su poseedor, que no tenía sucesión directa. Verifícase este arreglo, con gran disgusto del piemontés, y con gusto del español, y sobre todo de la Reina, que preveía en el nuevo orden de cosas gran porvenir para su hijo, quien no tardó en tomar posesión de sus nuevos estados, no con gran contentamiento del Emperador, que vió con sospecha el que los españoles volvieran a poner el pie en Italia, y a entrar en ella con demasiado número de tropas, y sin disgusto del país.

Armóse a poco nueva guerra sobre la sucesión al trono de Polonia el año 1733, púsose de nuevo en armas Europa, rompiéndose la anterior alianza. Luis XV de Francia envió a conquistar el Milanesado al mariscal de Villars, y Felipe V, de España, un grueso ejército al mando del duque de Montemar, con el pretexto de cubrir los estados de su hijo don Carlos, pero con órdenes secretas de conquistar el reino de Nápoles. Era entonces virey, en nombre del Emperador, Julio Visconti, y general de las armas el conde de Traun, los que viéndose de improviso vigorosamente acometidos por tan poderoso ejército español, pidieron asustados socorro a Viena, pues contaban con escasísimas tropas, y con ellas en el último apuro salieron a probar fortuna. Mas tuvieronla tan contraria, que rotos y deshechos refugiaron en la plaza de Gaeta. El reino todo recibía con los brazos abiertos a sus antiguos huéspedes; mientras que arreglada la sucesión de Polonia, se convenía en Londres en dar al pretendiente vencido el ducado de Lorena, y al que se quería despojar de él, los estados de Parma y de Plasencia, indemnizando al infante don Carlos de Borbon con la corona de Sicilia; pero esta y la de Nápoles se las tenía ya destinadas la Providencia, y debía adquirirlas con nuevos triunfos de las armas españolas.

Rendidas y entregadas las fortalezas y castillos de la capital, que esperaban con ansia al nuevo rey, al joven y generoso, y valiente príncipe español, que les llevaba nacionalidad é independencia, entró en ella a caballo el día 10 de mayo de 1734, entre los más fervientes aplausos de todos sus habitantes, cuyo entusiasmo se extendía como una chispa eléctrica por todo el reino. Pero aun no estaba terminada la guerra. Los alemanes recibieron algún refuerzo, y aun se defendían en Gaeta, en Capua, en Pescara y en otros puntos, y se reunían en Puglia. Marchó así en encuentro bizarro y entendido duque de Montemar, y ganando la célebre batalla de Bitonto, y atacándolos luego, sin darles respiro, en todos los puntos fuertes que ocupaban, los arrojó completamente del reino, coronando tan gloriosa conquista.

De Nápoles pasó rápidamente el ejército vencedor a Sicilia, y su alta reputación, y la gloria que lo circundaba, y el claro nombre del príncipe que defendía y el odio a los tudescos le abrieron las puertas de la isla y las voluntades de los sicilianos. Huyó aterrada la guarnición alemana, y el duque de Montemar fué acogido como libertador en Palermo. Y revolviendo sobre Messina, mal defendida por los imperiales, la ganó en pocas horas y se hizo dueño de todo el reino. No tardó el joven rey en ir a visitarlo, y allí tuvo el mismo éxito que en Nápoles, y fué coronado y jurado solemnemente. Gran felicidad soñaban ambos reinos, grandes proyectos de hacerlos felices rotaban en la mente del joven monarca; cuando una nueva guerra vino a retardar las esperanzas de los súbditos y los planes del soberano.

Muerto el emperador Carlos, se opusieron algunas potencias a que heredase la corona imperial, con todos sus estados, su hija única, la célebre y varonil María Teresa de Austria; y se coligaron en contra de ella Francia, España, Rusia y Baviera; y en favor Austria, Inglaterra, Holanda, Rusia y Saboya. Y mientras se guerreaba en Alemania, en Hungría, y en Lombardia, el almirante inglés Martin se presentó en la bahía de Nápoles con catorce navíos, y con inusitada insolencia amenazó bombardear y destruir la ciudad, si en el término de dos horas no prometía solemnemente el rey Carlos guardar en la empeñada lucha estricta neutralidad. Irrató de ira el generoso príncipe español con tal insulto; pero desprovisto de bajeles, y mal guardado el puerto con débiles fortificaciones y escasa artillería, por evitar la destrucción de su hermosísima corte, tuvo que ceder despechado, y llamar

las tropas, que iban marchando a reforzar las armas españolas en Lombardia.

Esta humillación no evitó el golpe meditado por los alemanes, pues habiendo conseguido grandes ventajas sobre el ejército español, que tuvo que retirarse a los Abruzzos, creyó el general tudesco Lobkovitz llegado el momento de reconquistar el reino de Nápoles; y hollando la validez de los tratados, lo acometió impetuoso. Enterado Carlos de tan injustificable agresión, que violaba una neutralidad, impuesta con tanto desacato; reunió sus fuerzas y marchó al encuentro de los invasores, publicando un solemne manifiesto para que supiese el mundo, que apelaba a las armas para defender sus estados y rechazar la fuerza con la fuerza. Y sabiendo que el ejército invasor se hallaba embarazado por las nieves en el paso de las montañas hacia Valmontone, sentó sus reales en Veletri, ciudad de la frontera romana. Treinta y nueve mil hombres componían el campo napolitano, treinta y cinco mil el tudesco; y aquel llevaba además la ventaja de estar protegido por todo el país, y muy provisto de municiones y vitualias. Pero acaso estas circunstancias le dieron confianza desmedida y el descuido que inspira la seguridad. Lobkovitz se aprovechó de esta confianza y de este descuido, y obligado a aventurar lo todo logró a media noche sorprender el campo napolitano, quemar las tiendas é introducir la confusión y el exterminio, del que se salvó con la fuga el mismo Rey. Mas no consiguieron nada con este triunfo pasajero los alemanes. Repuesto Carlos reuniendo con actividad suma sus dispersas banderas, organizando con inteligencia notable sus tropas sorprendidas, y poniéndose con valor heroico a su cabeza, revolvió sobre los alemanes, también desconfiados con los halagos de la victoria, y atacándolos con toda la resolución de una justa venganza, los deshizo, los diezmó, y los arrojó de Veletri, asegurándose la corona de las Dos Sicilias, independiente y respetada.

IX

Llegado habemos al punto en que comienza verdaderamente el trabajo que nos propusimos de escribir una reseña histórica del reino de las Dos Sicilias; pues hemos llegado al tiempo en que quedó asegurado este nuevo estado europeo, fundado por las armas españolas, y gobernado por un monarca español independiente, y reconocido Rey legítimo de aquel nuevo reino, en todas las potencias de Europa. Por lo tanto será más prolija nuestra narración, porque como de sucesos más próximos a nuestros días, en íntima relación con la época presente, y últimamente contemporáneos, ofrecen mayor interés a nuestros lectores, y pueden ser de más útil enseñanza.

Era el rey D. Carlos, a quien ya conocemos como valentísimo soldado y experto capitán, príncipe de claro entendimiento, de noble y elevado carácter, de bondad suma, de purísimas costumbres, celoso de su autoridad, pero amigo de la justicia, y ansioso de la prosperidad de los pueblos, sin que su religiosidad extremada y nimia, que casi con la superstición se confundía, tan altas dotes de soberano invalidara.

Tenia a su lado desde que empezó la conquista, al florentino Bernardo Tanucci, jurisconsulto de poca instrucción, pero de buenas ideas gubernativas, de prudencia y de actividad, y lo nombró su primer ministro en el momento que tomó posesión de aquel reino; y ya antes de la expedición de Veletri había empezado a introducir grandes é importantes mejoras en la administración pública y en la gobernanza de la monarquía.

Dió al consejo colateral el carácter y organización de Consejo de Estado. Arregló los tribunales, estableciendo una suprema cámara de casación y último recurso, aboliendo completamente los jueces delegados. Reformó las leyes de distintas épocas, y nombró una comisión de juriconsultos, que las reuniera en un solo cuerpo coherente y arreglado a los adelantos de la ciencia y al estado de la sociedad. Creó un tribunal supremo de comercio, y entabló tratados mercantiles con Dinamarca, Holanda, Suecia y con las regencias berberiscas. Y habiendo aparecido la peste levantina en Messina, demostró el Rey su actividad é inteligencia para impedir el contagio, publicando acertadísimas leyes sanitarias.

Dió nueva y uniforme organización a los ayuntamientos, que si perdieron su importancia política, ganaron mucho en la administrativa, con gran ventaja de los intereses públicos. También dió el último golpe a los restos del caduco feudalismo, aboliendo la jurisdicción particular de los barones, y llamándolos a la corte con gracias, mercedes y lisonjeras distinciones. Y a pesar de su piedad suma y de las prácticas piadosas a que acaso se entregaba con exceso, disminuyó el número de conventos, redujo notablemente el derecho de inmunidad, obligó al pago de contribuciones a los bienes eclesiásticos, ajustando con la Santa Sede un ventajoso Concordato. Y hasta para dar más vida al comercio, permitió la entrada de los judíos, medi-

da que disgustó al pueblo, y que más tarde tuvo que revocar por complacer a la opinión pública.

Habia el rey contraído matrimonio el año 1738 con Amalia Walburga, hija del rey de Polonia Federico Augusto; y creó el día de la ceremonia la orden esclarecida de San Genaro, dándole instituciones, más de congregación devota, que de orden caballeresca. Ya la Reina había dado a luz una princesa, y estaba de nuevo en cinta, cuando ocurrió la expedición de Veletri, durante la cual quedó en Gaeta, no sin disgusto de la ciudad de Nápoles, que reclamaba como suyo aquel depósito.

A la vuelta de la expedición, perfeccionó el Rey y llevó a cabo con actividad suma todas las reformas ya emprendidas. Puso orden en la administración y recaudación, aseguró más y más la tranquilidad interior, y cogiendo opimos frutos de sus sabios planes y de la capacidad gubernativa de su ministro Tanucci, vió en tan floreciente estado la hacienda pública, que pudo pensar en el engrandecimiento y en el ornato de su reino.

Reformó y regularizó los estudios públicos y las academias; mejoró el arsenal, creándose una escuadra; estableció colegios de náutica y de construcción, fundación de artillería, fábricas de lonas y cordelería; fundó el arrabal de Chiaja y el de la Mergelina; construyó el muelle y la aduana, mejoró el palacio, y contiguo a él, levantó el magnífico teatro de San Carlos, el más célebre de Europa. Y no podemos resistir al deseo de consignar un hecho curioso que ocurrió en su inauguración. Para ir desde sus régias estancias al teatro, tuvo que atravesar la real familia varios patios y de salir a la calle. Y cuando sorprendido el Rey como el público todo, con lo suntuoso y sólido del edificio y del magnífico salón, y con el mágico espectáculo, elogia y aplaude al arquitecto Carasala, que había construido aquel teatro en ocho meses, le dijo: «¡lástima es que no se pueda venir desde palacio aquí sin tomar frío.» Nada contestó el arquitecto; pero al acabarse la representación se encontró el Rey con una oportuna galería sólidamente construida, y adornada de tapices, alfombras, espejos y arañas, que desde su palco le dió paso hasta la real cámara.

También edificó Carlos la bellísima población y palacio de Portici, el de Capodimonti, el magnífico de Caserta, el soberbio acueducto de Maddalene y el hospicio general, los graneros, los cuarteles y las atarazanas. Y psuma todo esto cuando se considera que se hizo sin gravar a los pueblos, ni aumentar las contribuciones, ni acudir a empréstitos, y en un país esquilimado por malos gobiernos, y trabajado de continuas guerras y calamidades: pues aunque se crea que la Reina de España enviaba a su hijo gran parte de los tesoros de América, no pudo hacerlo después de la muerte del rey Felipe V y del advenimiento de su entenado Fernando VI al trono, en cuya época se construyeron precisamente aquellas colosales obras, orgullo de Nápoles y admiración de los viajeros.

También al rey Carlos de Borbon debió la Europa el descubrimiento de Herculano y de Pompeya, ciudades romanas, que habían desaparecido el año 79 de nuestra era bajo las lavas y cenizas del Vesuvio, y cuya posición se había completamente borrado de la memoria de los hombres. En ellas, particularmente en la última, se han encontrado riquezas artísticas inapreciables, y se ha podido estudiar la vida doméstica de los romanos. Desde los utensilios del tocador de las damas, hasta los bronces, mármoles, pinturas y mosaicos que adornaban al foro, los templos y los palacios de aquellas olvidadas ciudades han sido digno asunto de científicas disertaciones, han dado ya importante ocupación al buril, y en el real Museo Borbónico de Nápoles sirven de útil enseñanza y estudio, y son la admiración de los arqueólogos y de los artistas.

Además en Pompeya se han hallado papiros, que aunque carbonizados por la acción del fuego, se desarrollan y leen sin dificultad, por un procedimiento fácil é ingenioso. Desgraciadamente hasta ahora no se han encontrado entre ellos las obras perdidas de los grandes escritores de la antigüedad. Alcanzaron a la isla de Sicilia en gran parte todas las ventajas y adelantos, que tan floreciente hacían el Estado napolitano; pero el estar más lejos de la fuente de las reformas, y de la vigilancia del monarca; el tener que sujetarse a la más ó ménos actividad, celo é inteligencia de los delegados del poder soberano; y lo más atrasado del país, las mayores raíces que en él tenía el poder feudal, la influencia eclesiástica; las antiguas rivalidades aun no del todo allanadas, lo áspero del terreno y el carácter indomable de los habitantes, dificultaban el progreso de la civilización, y el planteamiento completo de las saludables innovaciones.

Duraba en tanto, con cortos intervalos, la guerra de Lombardia, y en ella un cuerpo de tropas napolitanas reforzando el ejército español y adquiriendo gloria y merecido renombre; hasta que muerto Felipe V, le sucedió en el trono de España y de las Indias su hijo del primer matrimonio Fernando VI, que no tardó en firmar la paz, ajustada en Aquisgrán, por la que se concedió la soberanía de Par-

ma, Plasencia y Guastalla al infante don Felipe; y para evitar un rompimiento inmediato sobre el dominio de Toscana se concertó un doble matrimonio. También se arregló poco después la alta soberanía del Rey de Nápoles sobre la isla de Malta, contradicha y negada por los Grandes Maestres del orden de San Juan de Jerusalem.

Mostró Carlos su firmeza de carácter, a pesar de su devoción extremada, resistiendo a las instancias del Papa Benedicto XIV para establecer en Nápoles la Inquisición. El arzobispo Spinelli, instigado por Roma, empezó con notable imprudencia a preparar palacio y cárceles para el odioso tribunal; mas en cuanto se divulgó por el pueblo, dió este muestras, extrañas en el fanatismo de que era presa, de resistir con la fuerza, como lo hicieron sus mayores, el establecimiento del Santo Oficio. Y el Rey de acuerdo con la opinión pública, revocó las disposiciones del Arzobispo, lo alejó de Nápoles, y alejó también al cardenal Landi, por decretos, que esculpidos en tablas de mármol aun se ven en el muro de San Lorenzo.

Asegurada la paz, redoblaron sus esfuerzos el rey Carlos y su ministro Tanucci para afianzar las reformas, acabar del todo con los restos feudales, y con los abusos del poder eclesiástico, enaltecer el ejercicio de la agricultura y del comercio, proteger las letras y las artes; empezando a crear así en aquel país la clase media, que rica é ilustrada, forma el nervio y el verdadero poder de la sociedad moderna.

Días de guerras, de trabajos, de reformas, de engrandecimiento, de abundancia y de paz, formaron los 25 años del reinado en Nápoles de don Carlos de Borbon, y aun esperaban sus súbditos muchos más de prosperidad y de reposo; cuando la muerte, sin sucesión, del rey de España don Fernando VI, lo llamó a ocupar el trono de ambos mundos. Recibió el mismo día la noticia de la muerte de su hermano, y de la haber sido reconocido como rey y proclamado en toda España; y pensó en marchar inmediatamente a ceñirse la espléndida corona, con que galardonaba sus altas dotes de soberano, y sus privadas virtudes la Providencia. Nombró regente de España a su madre, y pensó en la sucesión del reino de las Dos Sicilias.

Tenia el rey Carlos seis hijos y dos hijas. El primero llamado Felipe era de cuerpo enfermizo y de alma imbecil; reconocido lo cual solemnemente, en un consejo público de facultativos, barones, magistrados, obispos y embajadores extranjeros, fué declarado por el padre, con las lágrimas en los ojos y el corazón hecho pedazos, inhábil para la corona. Su hijo segundo don Carlos Antonio, era ya de derecho Príncipe de Asturias y heredero del trono español. Por lo tanto el reino de Nápoles, no pudiendo reunirse ambas coronas, pertenecía legítimamente al hijo tercero don Fernando, robusto y despierto niño de ocho años de edad. Así lo declaró solemnemente don Carlos III, ya rey de España, confiándole la corona de Nápoles y de Sicilia el día 6 de octubre del año 1759, é inmediatamente fué reconocido y jurado Rey sin la menor contradicción.

En el mismo día, después de haber registrado las cuentas del tiempo de su reinado; de dar saludables consejos al hijo, recomendándole su hermano imbecil, que quedaba en Nápoles; de haber nombrado preceptor para el nuevo Rey, y un consejo de regencia; y de repartir con justicia y sin profusión grados, títulos, condecoraciones y mercedes a sus fieles servidores; se embarcó en la escuadra española, sin llevar consigo de la corona de Nápoles ni una sola alhaja; y hasta dejando una sortija de ningún valor, que encontró en Pompeya, y que tenía la costumbre de no quitarse nunca; exeso de delicadeza, que pinta el alto carácter del gran Carlos III.

Lloraron su partida los napolitanos todos, agolpándose en los muelles y marinas, y en las torres y azoteas de la ciudad, y siguiendo con ojos arrasados la escuadra, que les robaba su ídolo, su rey, su padre, su bienhechor. — Quedaban sus leyes, sus magistrados favoritos, sus soberbios edificios; pero ¡ay! se ausentaba el que las había dictado, el que los había con tanto acierto elegido, el que los había imaginado; faltaba el rey Carlos de Borbon, faltaba el restaurador magnánimo de aquellos trabajosos países.

X

Tomó el nuevo soberano el título de Fernando IV, Rey de las Dos Sicilias y de Jerusalem, Infante de España, Duque de Parma y de Plasencia y Gran príncipe hereditario de Toscana; y fueron regentes durante su minoría Domingo Cattaneo, príncipe de San Nicandro, ayo del Rey; José Pappacoda, príncipe de Céntola; Pedro Bologna, príncipe de Campo-reale; Miguel Reggio, ballío de Malta; Domingo Sangro, capitán general; Jacobo Milano, príncipe de Ardore; Lelio Caraffa, capitán de guardias, y el caballero Tanucci, el laborioso y sesudo ministro de quien ya hemos hecho mención, y que fué, como se puede conocer, el alma de aquella regencia, ó por mejor decir, el regente único

del Estado; y como era natural, prosiguió constante y celoso la obra de regeneración que con tanto acierto había planteado a la sombra del anterior Monarca.

Entre tanto crecía el nuevo Rey educado por San Nicandro, más en los ejercicios que dan vigor al cuerpo, que en los estudios que nutren el espíritu, en los que ni el ayo ni los co-regentes eran desgraciadamente muy versados. La inmoderada pasión por la caza de que era víctima el padre, se enseñoreó también del hijo; y el Rey ya mancebo, mirándola como su primera ocupación, repelia con tedio los libros, evitaba el trato con los doctos, evadía las conversaciones sobre materias de Estado y negocios públicos. Sabiendo apenas escribir, cifraba su vanidad en ser el más certero en la escopeta, el mejor cabalgador, y el más diestro en los juegos de fuerza ó de gallardía de todo su reino; ejercicios que lo ponían en contacto con el populacho, al paso que lo alejaban del trato noble y decoroso de la corte; pues tímido, cortado, taciturno en las régias ceremonias y en la alta sociedad, se mostraba desenfadado, suelto y locuaz, cuando en las fiestas populares se complacía en disfrazarse de pescadero, divirtiéndose en vender a los lazarones pescado, con todo el chiste, procaacidad y mímicas contorsiones de tan humilde ejercicio. No se comprende como el entendido y en aquel tiempo omnipotente Tanucci, no cuidó más de la educación del Rey menor; pues no podemos creer de su capacidad y rectitud, y del agradecimiento que debía a Carlos III, que de intento descuidara las buenas disposiciones del hijo, para poderlo dominar á salvo, y no perder nunca la gobernanza verdadera del reino.

Gobernaba la regencia pues, ó por mejor decir, el primer ministro, continuando constantemente en las reformas del anterior Monarca, y obedeciendo sus nuevas inspiraciones, pues seguía el Rey de España correspondencia no interrumpida con su favorito; aunque éste, decidido enciclopedista, tras pasó muchas veces las instrucciones del piadoso Carlos III en materias eclesiásticas.

Declaráronse del Estado los espolios y vacantes, se abolió el diezmo, se suprimieron varios conventos, se restringió aun más la jurisdicción episcopal, se puso coto a la publicación de las bulas pontificias, se prohibió el dejar legados á manos muertas, y la fundación de nuevas iglesias, conventos y capellanías; se dió intervención al gobierno en los estudios de los seminarios, y se decretaron otras disposiciones de esta clase, que si al pronto alarmaron las conciencias timoratas, no tardaron en ser populares cuando se advirtieron sus beneficios resultados.

No fué tan feliz Tanucci en las medidas económicas, como se vio el año 1763, en que la mala cosecha de cereales puso el reino en grande apuro; y se aumentó este por las erradas disposiciones de la regencia, basadas todas en las equivocadas ideas de aquella época sobre monopolio y usura, importación y exportación, prohibiciones y franquicias.

Fué declarado mayor de edad el rey Fernando IV el día 12 de enero de 1767. Francia y España estaban con Nápoles en buena armonía, pero no en alianza; y porque aun no había aceptado, por sugestión reservadísima de Carlos III, el pacto de familia. La casa de Austria pretendía un matrimonio con el rey de Nápoles. El papa Clemente XIII combatía con las armas espirituales las reformas hechas.

El primer acto del Rey al tomar posesión del gobierno del reino como mayor de edad, fué la expulsión de los jesuitas, hecha por exigencia de su padre, y con las mismas insólitas precauciones, sigilo, presteza y aparato imponente con que se había verificado en España. Gran sensacion causó en el reino de las Dos Sicilias, afijiendo á muchos, alegrando á otros, y excitando la curiosidad de todos sobre el motivo de tan atrevido golpe. Pocos días después apareció un real decreto destinando los cuantiosos bienes de los expulsados, á escuelas públicas y gratuitas, á conservatorios de artes y oficios, á casas de reclusión, y á otros establecimientos piadosos seculares, todos de pública utilidad; con lo que poco á poco se sosegaron los ánimos, conmovidos con la expulsión de aquella preponderante orden religiosa, ya arrojada de Portugal, España y Austria, y luego abolida completamente por Clemente XIV.

En el pontificado de su sucesor Pio VI hubo serios altercados entre este Papa y el Rey sobre conceder el capelo al arzobispo de Nápoles, y sobre la consagración de los obispos. Y el disgusto de estas controversias dió ocasión de que quedase abolida la antigua costumbre de la presentación de la famosa *hacanea* y consiguiente tributo al Papa, en señal de vasallaje. Hizose siempre esta anual ceremonia el día de San Pedro, 29 de junio, con gran pompa y pública solemnidad; y en el año 1776 marchando á caballo con brillante cortejo, el príncipe Colonna, embajador de Nápoles, á llevar á la Basílica Vaticana el presente, trabó una disputa de precedencia con el séquito del embajador de España, que causó desorden y tumulto en la multitud, pero todo cosa de poquísima importancia. Sabido el caso por el Rey de Nápoles, fingió darle mucha